

"Orfeo y el Desodorante o El Último Viaje a los Infiernos": ¿pieza dramática o ensayo sociológico escenificado?

El estreno de la obra de José Ricardo Morales por el Teatro Nacional de Chile plantea esa duda. Y ello conspira contra su éxito, ya que una tesis que conduce a la discusión sobre la forma en que ha sido presentada y no sobre su contenido es una tesis que nace desvirtuada en su propósito.

Morales tiene una intención clarísima: demostrar que el ser humano ha creado un mundo y una sociedad que tienden a su aniquilación, y con la de ellos, a la destrucción de su creador.

El tema no es nuevo, pero no por ello es menos válido: siempre serán pocas las denuncias que se formulen contra "la planificación errónea, el estrago ecológico, los abusos de poder, el agotamiento de recursos, la superpoblación... los sinsentidos actuales, propios de nuestra insensatez" en las palabras del mismo autor. Tampoco son nuevas las acusaciones contra la sociedad de consumo de objetos y productos motivada por la publicidad, que caracteriza a Occidente, o contra la sociedad de consumo ideológico forzado estimulado por la propaganda, característica esencial de los regímenes totalitarios comunistas.

Es obvio que cualquier género artístico o literario es válido para arremeter contra esos flagelos. Lo es el ensayo, por ejemplo, como lo es el drama.

Pero aquí es donde tropezó Morales: escribió un ensayo analítico al que dio forma de pieza teatral... sin lograr que perdiera su calidad ensayística. Se podría exagerar y decir que "Orfeo" es un ensayo dialogado. La inserción, además de exagerada, es injusta. Pero podría resultar aproximada.

La obra tiene dos actos: uno, muy largo, con una escena inicial que a ratos parece interminable; y el otro, desproporcionadamente corto con respecto al anterior. Y ambos, discursivos. Más que parlamentos, hay momentos en que pareciera que se están escuchando piezas oratorias. El diálogo, a ratos, deriva hacia un debate académico.

Y un drama en el que hay que poner más atención a lo que los autores dicen que a lo que hacen es un drama muy poco dramático, si se nos permite cierto abuso sintáctico. Los actores habitualmente hacen y dicen, o dicen y hacen. Si sólo hacen, no queda más que una exhibición mimica, y si sólo dicen, la representación no es más que una maratón de recitados.

En "Orfeo", los actores básicamente, dicen. De hacer, hacen poco, ya que la obra está concebida en un criterio estático; probablemente con la intención de atraer la atención de los espectadores hacia los conceptos más que hacia la progresión dramática de la acción rumbo a su desenlace. Lo malo de este procedimien-

"Orfeo y el Desodorante"

Luis Manuel Fernández

to es que, tiende a convertir a los espectadores en auditores. Es decir, ocurre exactamente lo que no debe ocurrir con una obra teatral.

De este modo, se concluye en que el aporte del autor a la teatralidad de la obra es escaso. Tanto, que el libreto no contiene indicaciones de movimientos ni de escenografía, prácticamente. Estas hay que deducirlas del texto. Y ese es el trabajo del director. Que, en esta oportunidad, tiene mucho trabajo.

Enrique Noisvander asumió la dificultad en toda la línea, mediante el expediente de recurrir a los

contrarios: si el guión no contiene indicaciones de color ni sugerencias de vestuario, Noisvander inundó de colores el escenario y desató su imaginación en un despliegue de vestimentas deslumbrantes; si el libreto no indica desplazamientos, el director trazó una coreografía...

Es decir, Enrique Noisvander dio a cada obstáculo la respuesta más extrema: donde no había nada, lo puso todo.

El resultado bordea la perfección: la escenografía diseñada por Ana Soza, simple y armónica, se concibe no ya como la más adecuada para la obra,

sino que llega a pensarse que era la única escenografía que servía a los fines del texto. El vestuario, de la misma diseñadora, es una creación que compendia imaginación, talento y buen gusto; la iluminación de Sergio Soto, contribuye en forma decisiva a producir el ambiente deseado en cada uno de los momentos del drama; y la coreografía, de Noisvander, inyecta la dosis máxima de dinamismo soportable por una línea dramática tan hieratizada como la de "Orfeo". Debe anotarse que la mímica del coro (Ramón Fariás, Nancy Ortiz, Alfredo Castro, Regildo Castro, Julio Vergara, Luis Pedraza y Sergio Schmied) está destinada a representar cosas, no personas (especialmente, muebles). Difícil logro expresivo, por cierto. Y sin embargo exacto en su cumplimiento.

El personaje central, Orfeo, lo representa César Robinson López, alumno del Departamento de Artes de la Representación de la Universidad de Chile, que se desenvuelve sin dificultades; claro que no es un papel difícil. La naturalidad con que López lo encarna deriva de la naturalidad del rol mismo.

No se puede decir lo mismo de Anita Klesky en el papel de Euridice, la amada de Orfeo. Su personaje no le da ninguna facilidad para superar una cierta "tiesura" habitual en esta actriz. En realidad, Morales concibió una Euridice tiesa y de escasa expresividad. El mejor momento de Anita Klesky en esta obra es la escena del local de venta de discos: en él está suelta y graciosa. Es un momento muy breve, eso sí.

Diana Sanz, como Vanessa, entrega una actuación notable por su

propiedad. La insidiosa perversidad que fluye del personaje se traduce en una actuación de atenuados ribetes caricaturescos de alta calidad.

Mario Lorca cumple adecuadamente su Doctor Marcus. No lo explica, claro. Se trata de un personaje extraño, cuyas funciones precisas no quedan especificadas: ¿jefe del Infierno? Nada permite clasificarlo como una versión demoníaca en tal sentido; ¿director de debates del mundo inferior? Quién sabe... Pese al colorido vibrante de su atuendo, resulta un personaje desdibujado y confuso. Pero no es culpa de su intérprete.

El Guardia, a cargo de René Silva, destaca como un factor simpático en el conjunto y el actor lo presenta correctamente. Lo mismo puede decirse del Inspector encargado a Flavio Candia.

El Agente de Publicidad de John Knuckey aparece a ratos —en especial, al comienzo de la obra— un tanto sobreactuado, aunque su desempeño en general resulta positivo. Sergio Aguirre como el Gerente se expide adecuadamente. Sólo adecuadamente.

El Asesor Científico, a cargo de Alberto Chacón, deriva desde una caricatura gruesa y pesada —en los primeros momentos— hacia un desempeño progresivamente más ágil y de mayor ductilidad. La expresión corporal del actor en este papel supera en forma afortunada la crítica que se le podría formular al reconocerse en su desempeño ciertos ties y amaneramientos que recuerdan, excesivamente, los recursos histriónicos chaplinescos.



El director británico Richard Lester da instrucciones a los actores Sean Connery y Audrey Hepburn durante la filmación de la película. Robin Hood and Marian, en el norte de España. Connery muestra sus músculos, su incipiente calvicie, pero su gusto por la acción y la aventura en este filme que tiene ambos ingredientes en cantidades. Este filme marca el retorno de la actriz Audrey Hepburn después de ocho años de ausencia de las pantallas. El elenco lo completa el actor Robert Shaw que interpreta al Sheriff de Nottingham, el tradicional adversario de Robin Hood. Para los admiradores de la pareja les contaremos que la película la veremos pronto en Chile.